

Editorial

Apropiación social del conocimiento y formación de pensamiento crítico

Humberto Márquez Covarrubias

El desmoronamiento de regímenes vetustos y autoritarios ha sido fraguado mediante grandes gestas históricas que repercuten en las formas de pensamiento y la práctica política de la humanidad inscritas en el imaginario colectivo de los procesos de cambio político y social. La Revolución francesa derrumbó el antiguo régimen y difundió valores como la laicidad y el republicanismo; la Revolución estadounidense conformó un Estado fundado por ciudadanos libres que establecieron formas de control y otro tanto ocurrió con la Ilustración; la Revolución mexicana se tradujo en la primera constitución fincada en derechos sociales; la Revolución rusa influyó fuertemente en el pensamiento político en el nivel planetario hasta su fatídico desenlace con el desmoronamiento del bloque soviético.

En la segunda mitad del siglo XX se generó un nuevo marco conceptual para la sociedad moderna. Sumados a las luchas políticas obreras y gremiales, los nuevos movimientos sociales plantearon otras reivindicaciones libertarias como los derechos civiles, la contracultura, la liberación sexual y el feminismo. Los movimientos estudiantiles en el mítico 1968 se propagaron del mayo francés hacia otros países, como Alemania, Italia, Checoslovaquia y México. Las luchas de liberación nacional y los movimientos revolucionarios en América Latina y África renovaron el pensamiento político. A partir de la Revolución cubana la idea de una nueva

sociedad se esparció en diversos movimientos de liberación nacional o en comicios con triunfos destacados como el de Salvador Allende en Chile.

Bajo ese influjo emancipatorio se produjeron grandes aportaciones a las ciencias sociales y las humanidades en su vertiente crítica: desde la teoría de la dependencia, el estructuralismo, el marxismo y la teología de la liberación hasta una renovación en las artes, con el *boom* latinoamericano a la cabeza. En el mundo soplaban aires de revolución que produjeron una subjetividad politizada y una cultura libertaria que logró desembarazarse de los viejos tabúes y las formas tradicionales de autoritarismo. Emergió un nuevo marco epistemológico que privilegió la teoría y la práctica políticas, pero también la ciencia y la tecnología. El conocimiento teórico latinoamericano alimentó proyectos políticos libertarios. Aunque también se generó una poderosa contratendencia con el ascenso de Estados Unidos como superpotencia hegemónica a escala mundial y la consecuente imposición del Consenso de Washington y su agenda contrarrevolucionaria, en la teoría y la práctica, que impuso el modelo neoliberal y la expansión de los capitales monopolistas en la economía mundial.

A la que puede ser considerada una revolución epistemológica se suman los movimientos sociales, el pensamiento crítico y los proyectos de emancipación que modificaron los referentes simbólicos del común de las personas, convulsionaron el tradicionalismo que campeaba en los ámbitos religioso, sexual y moral que en gran medida regulaban las prácticas de la vida cotidiana de amplios conjuntos familiares apegados a los cánones y al conservadurismo. El vetusto orden jerárquico y autoritario comenzó a desmoronarse. Se derrumbaron los códigos culturales imperantes en los sistemas escolares, pese a que se falsificaron los hechos en los medios de comunicación. Un gran movimiento político-cultural logró secularizar la sociedad

occidental y clausuró el orden autoritario en la vida social y privada, lo cual permitió la proliferación de nuevas formas de familia, prácticas sexuales y nuevos derechos y libertades.

La ruptura epistemológica significó el trastrocamiento de muchos referentes y estimuló una subjetividad interesada por las ideas de cambio, innovación y creatividad; además se articuló un nuevo vocabulario que enriqueció el acervo léxico colmado de neologismos y discursos renovados.

La búsqueda afanosa de la novedad y la proliferación de información generó la sensación de una sociedad normada por la información y el conocimiento, elementos a los cuales se les confiere un estatus neutral, inocuo y progresista. Sucesivas oleadas de innovación dibujaron un nuevo panorama sociotécnico con la expansión de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, la biotecnología, la ingeniería genética, la nanotecnología, la robótica, la inteligencia artificial y la mejora de los medios de transporte, entre otros avances que conjuntamente permitieron la convergencia de la ciencia y la tecnología y dibujaron un horizonte de posibilidades para la expansión del capital global con el recorte de las dimensiones espacial y temporal. Tan sólo con el acceso a un gran caudal de información se pensó que estaba en construcción una nueva era democrática basada en el conocimiento y la información, una supuesta «sociedad del conocimiento», al suprimir las jerarquías mediante el uso de plataformas virtuales como internet, donde una gran porción de la humanidad se comunica sin trabas y experimenta una sensación de libertad. Muchos teóricos vaticinaron que el acceso al saber sería universal y la difusión en red ocurriría de manera horizontal, sin regulaciones o impedimentos.

Empero, la sociedad capitalista contemporánea no puede definirse desde las capas epidérmicas del avance científico-tecnológico con énfasis en

términos puramente tecnológicos («sociedad de la información»), cognitivos («capitalismo cognitivo» o «sociedad del conocimiento»), económicos («sociedad posindustrial», «nueva economía» o «sociedad del consumo») y culturales («sociedad del espectáculo»). En la vuelta del siglo se precisa una redefinición en términos económico-políticos, puesto que la problemática va más allá del pretendido acceso universal a la información y el conocimiento y el supuesto avance hacia una comunidad global del saber. Lejos de representar dispositivos apolíticos y neutrales, el trabajo científico-tecnológico está siendo subsumido por los grandes capitales y los Estados hegemónicos; lo más granado del conocimiento y la información es apropiado y capturado por las estructuras de poder para abreviar de las preciadas fuentes de renta tecnológica, las ganancias extraordinarias, y reforzar los mecanismos de dominación y explotación. En las sociedades contemporáneas la organización burocrática y empresarial tiende a conceder privilegios a quienes detentan el saber. Es una forma de delegar autoridad y ofrecer acceso a las cumbres jerárquicas, donde se establecen códigos y patrones, pero no necesariamente significa ceder el poder. El grueso de la población tiene restringido el acceso, a menos de que disponga de la capacidad solvente para consumir las novedosas mercancías ofertadas a precios de monopolio.

Sin desconocer que la información y el conocimiento se han divulgado de una forma sin precedentes, que constituyen una herramienta de comunicación que llegó para quedarse y que necesariamente serán modificados y actualizados de manera compulsiva, también es menester admitir que grandes consorcios multinacionales administran y operan estas plataformas, y que muchos de los dispositivos y programas suelen usarse para fines no precisamente democráticos, como el espionaje por internet, redes digitales, computadoras y dispositivos móviles. Los grandes consorcios

empresariales encuentran estas plataformas como canales masivos de mercadeo, amén de que gran parte de los contenidos que se propalan son de dudosa calidad —incluyendo noticias falsas— o bien se constriñen al puro entretenimiento, la diversión y la banalidad.

Con objeto de apropiarse de fabulosas ganancias extraordinarias, los principales logros de la ciencia y la tecnología están controlados por los monopolios internacionales y los Estados imperiales interesados en extender el espacio de valorización de capital en los campos estratégicos de la economía mundial: militar, farmacéutico, agrícola, minero, comunicacional, informático, transporte, etcétera. Afectar estos exclusivos intereses representa el mayor desafío civilizatorio, si acaso se pretende configurar una nueva sociedad en la que la satisfacción de las necesidades radicales de la población sean prioritarias. Imprimir un gran viraje económico y político para orientar el trabajo social generador de conocimiento significa un cometido complejo, pues supone regular colectivamente los proyectos de investigación científica, la producción de nuevas tecnologías, los mecanismos de financiamiento, la generación de nuevas mercancías, los efectos en la salud pública y las repercusiones en el mundo laboral, entre otros factores.

El precepto neoclásico del interés general que subyace a la noción de libre mercado, durante el siglo anterior y en lo que va del presente, ha dado muestras sobradas de que genera desigualdades, violencia y barbarie. En esa tónica es insostenible subsumir el conocimiento al proceso de valorización monopolista y la dominación estadocéntrica como soporte de rentas tecnológicas y control social. La utopía tecnocrática resuena desde distintos miradores teóricos que celebran la posibilidad de establecer, por vez primera, una nueva sociedad basada no en el orden natural sino en el orden antropocéntrico, y más específicamente en el automatismo de tecnologías

que bajo un sistema de robótica e inteligencia artificial pudieran suprimir la intervención del trabajo humano con secuelas no bien precisadas para el desarrollo de la humanidad.

Una sociedad cimentada en el conocimiento, cuya misión de largo aliento sea la humanización del mundo, no deviene de un movimiento automático de las fuerzas del mercado o de un determinismo tecnocrático, como pudiera plantear la visión utópica de la sustitución del trabajo social por tecnologías de última generación —sus gérmenes ya estarían entre nosotros— que en un futuro promisorio eventualmente liberarán de suplicios a los trabajadores y establecerán un reino de la libertad donde las personas podrán, al fin, dedicar su tiempo libre para el despliegue de las diversas capacidades humanas.

El anhelo histórico emanado del pensamiento utópico y revolucionario para crear una nueva sociedad entraña la construcción de un nuevo paradigma civilizatorio basado en una economía política que resignifique la vida pública de la *polis* y la vida en común a partir de premisas democráticas radicales que abran cauces de participación a la gente en formas articuladas y efectivas de representación, participación, deliberación y decisión. Las decisiones estratégicas no pueden recaer en grupos selectos de expertos y tecnócratas que asumen la potestad soberana de decidir los grandes derroteros de la sociedad. El motor de una sociedad libertaria puede ser el conocimiento, a condición de que sea usado en beneficio de la humanidad, específicamente de las clases sociales desposeídas, de tal suerte que el saber coadyuve, en el marco de un proyecto de emancipación, a la superación de las relaciones sociales de explotación, despojo y exclusión para contribuir a un genuino desarrollo humano y hacer posible una mejora sustancial de las condiciones materiales y subjetivas de la vida en el planeta.

Una revolución epistemológica de gran calado requiere ir más allá de la innovación científico-tecnológica para extender el conocimiento al conjunto de la sociedad, libre de ataduras burocráticas y deformaciones empresariales. El conocimiento libre es una fuerza social que puede contribuir a sentar las bases de nuevas relaciones sociales, pero no es el único factor de cambio. En este contexto, el pensamiento crítico permite que las personas sean conscientes y se conviertan en ciudadanos informados, críticos, creativos y participativos. Resignifica las luchas sociales y dota de nuevos contenidos a la figura de ciudadanía.

Para construir un nuevo paradigma se requiere una orientación epistemológica volcada hacia la comprensión crítica de la sociedad. No sólo se trata de brindar acceso al conocimiento, la información, la ciencia, la tecnología y al cúmulo de nuevas mercancías, sino de desarrollar la capacidad para apropiarse del enorme e incesante arsenal y flujo cognitivo y poder discernirlo, seleccionarlo, interpretarlo, en la medida de las posibilidades. Esta tarea pretenciosa no puede desarrollarse de manera individual, sino que se requiere del concurso social a fin de organizar, jerarquizar y procesar la información y el conocimiento que circulan sin reposo, además de establecer políticas de producción, divulgación, análisis y reflexión sobre la ciencia y la tecnología. Este procesamiento involucra la aplicación de habilidades críticas y cognitivas, además de operaciones de orden semiótico que ayuden a descifrar, interpretar y evaluar los textos fluctuantes.

El cultivo del pensamiento crítico requiere una formación intelectual sobre el acto de pensar para entender sus significación teórica y práctica, reclama un «aprender a saber». Para que la revolución cultural y educativa, epistemológica y cognitiva sea completa se precisa fomentar la capacidad y el sentido críticos de la sociedad. De lo contrario, la producción social de

conocimiento puede resultar limitada, cuando no estéril, o servir a los intereses exclusivos del capital y el Estado para la rentabilidad y la dominación. La pretensión de aprender a saber dentro de un proyecto de emancipación humana es una tarea social de gran envergadura, pues suprime los condicionamientos del poder y las normas jerárquicas. Esa formación entraña un avance civilizatorio en la medida que el pensamiento crítico o el uso crítico de la ciencia, la tecnología y las formas de pensamiento aminoran las determinaciones del poder despótico y abren causas emancipatorias.